

dossier

Cuerpos, discursos e identidades.

Bodies, discourses and identities

Coordinan: Miren Llona y Nerea Aresti

Cuerpo a cuerpo con el giro lingüístico¹

The Embodying of the Linguistic Turn

José Javier Díaz Freire

Universidad del País Vasco-Euskal Herriko Unibertsitatea.

Recibido el 30 de abril de 2008.

Aceptado el 19 de junio de 2008.

BIBLID [1134-6396(2007)14:1; 5-29]

RESUMEN

El título del artículo hace un juego de palabras que quiere señalar dos cosas: por un lado, que se ubica dentro de un conjunto de propuestas que buscan revisar el giro lingüístico en historia y, por otro, que propone una revisión fundada en el paradigma de la “incorporación”, lo que supone fundar el análisis en los conceptos de cuerpo y emoción. El objetivo fundamental de artículo es promover un giro material en las ciencias sociales y particularmente en la historia de género. Para justificarlo, realiza en primer lugar una revisión del giro lingüístico, analizando las necesidades teóricas que impulsaron esta evolución del pensamiento; en segundo lugar, revisa también lo que se ha dado en llamar el postgiro lingüístico. De esta evolución se extrae que el contenido fundamental a preservar es la dimensión postmetafísica que el giro lingüístico introdujo en el conocimiento de lo social, mientras se pone en cuestión la dependencia que la teoría crítica tiene del lenguaje entendido como sistema diferencial de significación.

Palabras clave: Giro lingüístico. Incorporación. Cuerpo. Emoción. Postmetafísica. Lenguaje.

ABSTRACT

The title of this paper plays on words which outline two things: firstly, that the paper finds itself within a series of proposals which seek to revise the linguistic turn in history, and secondly the paper proposes a revision based on the paradigm of embodiment, which means establishing the analysis on the concepts of body and emotion. The main objective of this paper is to promote a material turn in social sciences and, particularly, in gender history. In order to justify this, the paper carries out a revision of the linguistic turn, by analysing the theoretical needs which promoted the evolution of thought, and secondly, another revision of what has become to be called the linguistic post-turn. From this evolution the paper finds that the fundamental content to preserve is the post-metaphysical dimension

1. Este trabajo se ha realizado en el marco del proyecto de investigación de la UPV/EHU: “El contenido de la identidad. Las identidades en el País Vaso Contemporáneo”.

that the linguistic turn introduced into the knowledge of the social, while the dependence that critical theory has on language, understood as a differential system of meaning is also questioned.

Key words: Linguistic turn. Embodiment. Body. Emotion. Postmetaphysics. Language.

Les describo una escena que han visto muchas veces en el cine o el cómic de ciencia ficción: un grupo de personajes desempeña tareas que se perciben habituales, como comunes parecen ser las relaciones que sostienen entre ellas. Todo rezuma normalidad, de no ser por la vestimenta y el entorno netamente futuristas. Y por un pequeño detalle: algunos de los personajes no son personas, aunque debería decir terráqueos, nos dirán luego que son, qué se yo... androides, habitantes de tal o cual planeta o incluso galaxia, pero todos ellos se caracterizan por su cerebro, por una cabeza que parece un cerebro, por sus enormidades cerebrales. A mí se me antoja que son seres con daño en el lóbulo prefrontal del cerebro y que esa escena ilustra la interacción que el giro lingüístico propone entre los seres humanos y el mundo.

Tengo que explicarme, y para ello haré referencia a la obra del neurólogo portugués Antonio Damasio, quien es considerado uno de los mayores expertos mundiales en el funcionamiento del cerebro y uno de los pioneros de la neurología cognitiva. La producción de Damasio ha sido traducida al castellano hace algunos años y empieza a ser más conocida entre nosotros desde que recibiera en 2005 el premio Príncipe de Asturias de Investigación Científica y Técnica. De entre sus libros, el más conocido es, quizás, *Descartes' error*, que también será la principal apoyatura de nuestras referencias a Damasio, aunque haremos, asimismo, alusión a sus otros dos libros: *The Feeling of What Happens* y *Looking for Spinoza*.

Descartes' error comienza como una obra de historia y nos trae un cierto olor a las novelas del oeste americano, porque nos refiere la vida de Phineas Gage, un trabajador en las obras del ferrocarril en Nueva Inglaterra a finales del siglo XIX, que sufrió un accidente con la barrena que manejaba, de forma que ésta se le introdujo en la cabeza lesionando su cerebro de forma permanente. A pesar de la importancia de las heridas sufridas consiguió recuperarse y regresar a su vida anterior al suceso con aparente normalidad. Pero su personalidad había mudado dramáticamente, Damasio dice que de una personalidad normal a otra infame². No vamos a dar deta-

2. DAMASIO, Antonio: *Descartes' error. Emotion, Reason, and the Human Brain*. Nueva York, Quill, 1998 (reimp. 2000), p. 11. Todas las citas procedentes de trabajos en

lles, pero quedémonos con la idea de que todos los elementos de su modo de conducirse en el mundo cambiaron, es decir, que como consecuencia de su lesión cerebral su identidad se transformó completamente. Quizás esto parezca lógico, pero sin duda no lo parecerá tanto cuando revelemos que su capacidad de cognición permanecía intacta, lo mismo que su capacidad intelectual y, lo que es más importante para nosotros, sus habilidades lingüísticas. Incluso conservaba algunas partes de su sistema de valores, pero sólo podía utilizarlo en términos abstractos, sin conexión con las situaciones vitales reales.

Si, como afirma el giro lingüístico, la identidad es un discurso, o un conjunto de discursos, que estructuran lingüísticamente nuestro acceso a la realidad, ¿por qué cuando éstos no han cambiado, la identidad y el comportamiento se pueden ver tan agudamente modificados? El lenguaje que daba acceso al mundo a Phineas estaba intacto. ¿Por qué entonces reaccionaba de forma tan distinta?, ¿por qué antes era un trabajador modelo y ahora menudo modelo de trabajador que era? Quizás, porque el lenguaje no es nuestro único modo de relación con el mundo y no ocupa ese lugar de conformación de la realidad que le otorga la teoría crítica, o al menos no de la forma absoluta que lo propone. O quizás porque el lenguaje, aunque contribuye a saturar el mundo de significado, no agota la construcción del mismo o actúa de una forma distinta a la que presupone la teoría dependiente del giro.

El diagnóstico de Damasio dirá que Phineas sufría daño en el lóbulo prefrontal del cerebro. Como es obvio, no podía examinarlo, así que, para profundizar en el conocimiento de los síntomas, recurrió a pacientes actuales con unas lesiones parecidas. Como Elliot, que también tiene afectado el lóbulo prefrontal —en su caso debido a un tumor cerebral—, lo que le provoca una sintomatología semejante: mantiene intactas la percepción, la memoria, la capacidad de aprendizaje, la habilidad aritmética y el lenguaje. Conserva, como en el caso de Phineas, el acceso al conocimiento social y personal y, sin embargo, no puede adecuar sus acciones a ese conocimiento. Es como si el significado, que la teoría postestructuralista recluye en el lenguaje, no estuviera ya alojado allí. Les ocurre también a otros pacientes con daños en el cerebro equivalentes: conocen pero ese conocimiento no resulta útil. ¿Por qué? Porque, como dice Damasio, conocen pero no sienten³. Todos ellos pueden hacer acopio de información pero no sienten nada ante ella, lo que la rinde a la postre irrelevante.

inglés han sido traducidas por quien suscribe. De los libros de Damasio existe traducción al castellano.

3. *Ibidem*, pp. 45 y 211.

Y es que los seres humanos no somos seres gobernados por una estructura lingüística como quiere el giro, o algunas interpretaciones del giro. La moderna informática, puede haber contribuido a la idea de que información y significado son para los seres humanos una misma cosa, como sin duda lo son para los equipos informáticos; tienta pensar que los seres humanos se comportan de modo equivalente a los ordenadores, dotados de un hardware gobernado por un software compuesto por información binaria en la forma de ceros y unos. Pero, como muestran los pacientes que Damasio trata, la información, en su pura objetividad, no gobierna nuestras acciones, pues ésta no estaba comprometida por la enfermedad que sufrían. Lo que estaba afectado era la capacidad para relacionarse afectivamente con la realidad: los pacientes no podían asociar emociones a las distintas informaciones que recibían, porque la región prefrontal del cerebro que tenían dañada es la encargada, precisamente, de dotar de significación emocional a los diferentes estímulos del entorno⁴.

La enfermedad de esos pacientes no les impedía hacer acopio de información, pero les impedía procesarla emocionalmente; por eso, si utilizamos un paradigma que entiende la relación humana con el mundo como mediada tan sólo por información lingüística, lo que estamos construyendo es una escena como la que daba inicio a estas líneas: un mundo en el que deambulan en aparente normalidad seres con daño en el lóbulo prefrontal, pero seres que, en realidad, no pueden relacionarse con el mundo. Para salirnos de este esquema, se propone el paradigma de la incorporación, con los concepto clave de emoción y cuerpo. De lo que se trata, es de producirle, por decirlo así, un cuerpo al lenguaje. Queremos asociarle un cuerpo y, por ello, por este contacto físico que queremos establecer con el lenguaje, es por lo que he propuesto este artículo como un enfrentamiento cuerpo a cuerpo con el lenguaje.

Un enfrentamiento incruento, más bien placentero, que busca contribuir a la crítica más reciente del giro lingüístico en historia. Se trata de mitigar una deriva idealista inherente a los presupuestos teóricos del giro y reorientarlo en un sentido material, pero sosteniendo una orientación antimetafísica, por lo que no dudaría en afirmar que toda esta propuesta se realiza desde posiciones asimilables al postestructuralismo y como parte de una nueva historia que calificaría de postmetafísica.

4. DAMASIO, Antonio: *Looking for Spinoza*. Londres, Vintage, 2004, p. 61.

Y gira y gira

De mediados de los años 90 a esta parte, son cada vez más los investigadores que proponen un cambio de orientación a la historia inspirada por el giro lingüístico. Nosotros mismos, en un trabajo presentado en el año 2000, hacíamos una propuesta que, a través del paradigma de la incorporación, abogaba por la rematerialización del análisis histórico; pero es quizás la publicación en 1996 de *Beyond the Cultural Turn*⁵ el primer hito significativo de una evolución tal de la historiografía. En la introducción de éste volumen, Bonnell y Hunt constatan cómo la insatisfacción de muchos investigadores con algunos aspectos del giro ha producido un cambio de dirección en el mismo. Este análisis es sostenido explícitamente por autores como Reedy, quien observa un “coro de insatisfacción”⁶, o Biernacki, que hace suya la opinión de las dos editoras del libro⁷. Otros autores relevantes participan de la misma opinión: es el caso de Spiegel, que afirma que “actualmente, está en marcha un amplio movimiento de revisión”, o de Joyce quien, en la introducción de *The Social in Question*, dice que “algo como un nuevo “giro material” es cada vez más evidente”⁸.

Joyce observa y propone un nuevo giro, y lo mismo hace Spiegel, sólo que ella lo denomina “giro histórico”⁹. No son los únicos. Se le ofrecen muchos giros al giro. Sin ánimo de ser exhaustivo, encontramos, además de un giro material y otro histórico, uno biológico, corpóreo y hasta cognitivo; todos ellos con el propósito de corregir o complementar al giro lingüístico o cultural. Parece seguirse la invitación realizada a finales de los años 80 por Joyce Appleby, quien afirmaba que “un buen giro merecía otro”¹⁰. Incluso se defienden retornos, sobre todo un retorno al sujeto y un retorno a lo social, que se mueven también entre un leve reajuste y una total vuelta de tuerca.

5. BONNELL, Victoria E. y HUNT, Lynn (eds.): *Beyond the Cultural Turn. New Directions in the Study of Society and Culture*. Berkeley y Los Angeles, University of California Press, 1996.

6. REDDY, William M: “The Logic of Action: Indeterminacy, Emotion, and Historical Narrative”. *History and Theory*, 40 (2001), 11.

7. BIERNACKI, Richard: “Language and the Shift from Sign to Practices in Cultural Enquiry”. En SPIEGEL, Gabrielle M. (ed.): *Practicing History. New Directions in Historical Writing after the Linguistic Turn*. Nueva York y Londres, Routledge, 2005, p. 229.

8. JOYCE, Patrick: *The Social in Question. New Bearings in History and the Social Sciences*, Nueva York y Londres, Routledge, 2002, p. 14 de la introducción.

9. SPIEGEL, Gabrielle M.: “La historia de la práctica: nuevas tendencias en historia tras el giro lingüístico”. *Ayer*, 62 (2006), 49.

10. APPLEBY, Joyce: “One good turn deserves another. Moving beyond the linguistic. A response to David Harlan”, *American Historical Review*, 94, 5 (1989).

Aunque algunas de las propuestas suponen un olvido de los logros epistemológicos del giro, la mayor parte de las mismas y, significativamente, las de los autores que hemos mencionado, se cuidan muy bien de no renunciar a esos logros. Así, Spiegel, mientras constata una nueva “postura historicista”, reconoce que la misma preserva “algunas de las ideas más potentes del postestructuralismo”¹¹ y algo parecido hacen Bonnell y Hunt cuando señalan que el cambio de dirección que se está produciendo no se realiza “hacia atrás, hacia previas comprensiones de lo social, sino hacia delante, hacia una reconceptualización de la categoría”¹².

Las razones invocadas para esos golpes de timón son similares a las que en los años 80 provocaron la emergencia del giro lingüístico. Entonces, como ahora, se constataba un cierto disgusto con las asunciones básicas del paradigma de análisis. Pero claro, los motivos concretos de la crítica y el contexto han variado. La historia del postgiro lingüístico denuncia, sobre todo, las limitaciones de un paradigma basado en una concepción estructural del lenguaje que amenaza convertirse en una suerte de jaula de hierro. Por eso, muchas de las reorientaciones se dirigirán a reconsiderar la concepción sistémica del lenguaje o a debilitarla. Spiegel afirma que “la historiografía del post-giro lingüístico tiende a disolver... la noción de estructura y las teorías que dependen de ella”¹³ y Biernacki, en un argumento similar, señala que la concepción sistémica del lenguaje de filiación saussuriana es insostenible¹⁴. Por su parte, Joyce afirma que con el giro se “corre el riesgo de perder el contacto con el pensamiento de lo social y sobre la naturaleza de la sociedad”¹⁵.

De este modo, y al hilo de esta última cita, parece haberse cumplido un ciclo, que no puede ser sino el colmo de lo que empezó siendo un giro, pues debemos recordar que el giro lingüístico nació como una respuesta a las crecientes dificultades analíticas de la historia social, y la solución a las mismas parece haberse convertido en la actualidad en un problema.

En efecto, el giro hacia el discurso fue un movimiento obligado para aquellos investigadores que buscaban el conocimiento social, pero lo hacían en un contexto cada vez más acusadamente postmoderno. Decíamos en otro lugar que una evolución tal de la historia social había que ponerla en relación con la destrucción de los sujetos históricos tradicionales y con la emergencia de otros nuevos, lo que suponía apartarse de las voces críticas que veían en esos desarrollos tan sólo una moda intelectual o un contexto

11. SPIEGEL, Gabrielle M.: *op. cit.*, p. 50.

12. BONNELL, Victoria E. y HUNT, Lynn: *op. cit.*, p. 11.

13. SPIEGEL, Gabrielle M.: *op. cit.*, p. 49

14. BIERNACKI, Richard: *op. cit.*, p. 235.

15. JOYCE, Patrick: “Materialidad e historia social”. *Ayer*, 62 (2006), 74.

político desfavorable a las demandas tradicionales de la izquierda. La crisis del movimiento obrero y la progresiva difuminación de la identidad de clase que apuntaba a su desaparición, junto a la formación del sujeto *mujeres* y a la aparición, quizás tentativa, de otros sujetos, expresados en los nuevos y novísimos movimientos sociales, formaban parte de un campo de fuerzas que no podían sino condicionar la marcha de la historia social. Si la historia representa la autoconciencia moderna, la historia social realizaba ese cometido para los movimientos sociales y significativamente para el movimiento obrero, y las vicisitudes de éste no podían sino afectarla plenamente.

No deja de ser significativo que la obra que sin duda podemos considerar ejemplar de la historia social, la formación de la clase obrera inglesa, se refiera precisamente a eso, a la formación de la clase obrera —lo que supone partir de su no existencia y quizás con ello anticipar su desaparición, porque el gran problema que enfrentaba la historia social en el momento del giro era precisamente el de las condiciones de aparición del sujeto y el de los fundamentos de su acción. Pero es todavía más significativo el hecho de que Thompson, al estudiar las condiciones de aparición de la clase obrera, estuviera desligándose de un modelo de causalidad mecánica para explicar el fenómeno. No podía ser de otro modo, pues un modelo semejante ocluía el problema: la metáfora base-superestructura, el esquema básico de explicación de la historia social y el fundamento de su pretensión de totalidad, al colocar toda la determinación del lado de la estructura impedía siquiera plantearse el nacimiento de la clase obrera, pues ésta tan sólo resultaba un epifenómeno de la estructura. Toda la explicación social acaba encerrada en la conocida afirmación marxista de que es el ser social el que determina la conciencia y no al revés.

Pero al revés habría de ponerse la cosa. El camino que conduce de la historia social al giro se debe poner sobre el campo de fuerzas que venimos dibujando y que cabría completar con otros factores no mencionados como la propia crítica postmoderna a la historiografía, pero si hubiera que señalar un único factor, debería nombrarse el cuestionamiento por el marxismo británico de la noción base superestructura, por más que éste factor también esté definido por el mencionado campo de fuerzas. Y el hito más significativo de ese cuestionamiento, que según Thompson llegaba incluso al rechazo, fue la formulación del concepto de experiencia.

Tal concepto nacía con el propósito de enfrentar el modelo de historia como un proceso sin sujeto, que defendían Althusser y sus seguidores y con el que hacían justicia a una concepción rígidamente estructuralista del marxismo, por la que el cambio social dependía de la dinámica interna de estructuras autorreguladas. Para hacer sitio a la acción humana, Thompson proponía un marco de relación entre estructura y superestructura distinto de la causalidad y es ahí donde su concepto de experiencia realizaba su cometido

fundamental: el de mediar entre ser social y conciencia o, en otra expresión, el de ser un intermedio entre estructura social y proceso histórico, que así deviene un producto humano. Gracias a la experiencia, las personas entran en contacto con las situaciones de su existencia en la forma de necesidades, intereses y antagonismos y después reelaboran esa experiencia dentro de las coordenadas de su conciencia y su cultura para posteriormente actuar sobre esas condiciones de existencia; al mismo tiempo se constituyen en clases: el concepto de clase de Thompson comparte muchos de los rasgos de su idea de experiencia, por lo que podemos considerarlo una extensión de ésta¹⁶.

Thompson, para explicar la formación de la clase obrera había rechazado el concepto de conciencia debido a que a que su contenido concreto aparecía prefijado de antemano en tanto era resultado inevitable de la estructura: sólo cabía esperar a que el desarrollo histórico revelara ese contenido en la realidad; opta en consecuencia por el concepto de experiencia, pero éste comparte con el anterior su ubicación entre estructura y superestructura, lo que hace que, en la práctica, no exista tanta diferencia entre los dos términos porque también la experiencia tiene sus rasgos principales dados de antemano¹⁷. Para llegar a un modelo donde eso no ocurra es necesario abolir la separación entre esas dos instancias, lo que se intenta conseguir con la afirmación de la “materialidad de las formas del pensamiento”. Un intento en este sentido es el realizado por Godelier¹⁸ en su libro *Lo ideal y lo material* y otro, con mucha mayor fortuna entre los historiadores, por Stedman Jones en *Lenguajes de Clase*. El libro de Stedman Jones, que dialogaba explícitamente con Thompson, y un artículo de Scott que hacía lo propio con el primero, resumen, a mi entender, el último tramo de la marcha de la historia social hacia el giro lingüístico.

Lenguajes de clase, pero también *Trabajo y revolución en Francia: el lenguaje del movimiento obrero desde el antiguo régimen hasta 1848* de Sewel, propinó un buen revolcón a la práctica de la historia con el papel que atribuían al lenguaje en la delineación de la realidad social. Stedman

16. THOMPSON, Edward P.: *Miseria de la teoría*. Barcelona, Crítica, 1981, pp. 161 y 252-3. El concepto de clase de Thompson en: THOMPSON, Edward P.: *La formación de la clase obrera en Inglaterra*. Barcelona, Crítica, 1989, t. I, p. XIV. Esta exposición primera, es no obstante radicalizada en *Miseria de la teoría*, la obra que contiene la exposición más sistemática de sus planteamientos teóricos; ver p. 167.

17. STEDMAN JONES, Gareth: *Lenguajes de clase. Estudios sobre la historia de la clase obrera inglesa*. Madrid, Siglo XXI, 1989, p. 19.

18. Godelier realiza una interesante propuesta de redefinir la separación entre estructura y superestructura desde dentro del marxismo. En GODELIER, Maurice: *Lo ideal y lo material. Pensamiento, economías, sociedades*. Madrid, Taurus, 1989, pp. 156-7, 166, 176-78, y 200.

Jones rechazaba un planteamiento de oposición entre las ideas y lo material en la determinación de los procesos sociales y afirmaba la pertenencia del lenguaje al ámbito de la realidad. De esta constatación se siguen algunas consecuencias, entre ellas, la importancia que adquiere para el análisis histórico la inclusión de lo que denomina el aspecto simbólico conceptual. La exposición de datos históricos, sin el conocimiento de la realidad intrasubjetiva que encierran, pierde sentido, revelándose de particular importancia conocer la matriz cultural en la que los acontecimientos se producen, así como la repercusión de los cambios culturales sobre los acontecimientos y los patrones de conducta. Stedman Jones intenta estudiar estos desarrollos con la ayuda del concepto procedente de la semiótica de *estructuración u ordenación lingüística*. Su empleo entraña un reconocimiento del papel del lenguaje, de la categorización, en la creación de la realidad y se opone al concepto de experiencia; engloba, por tanto, la producción del interés, de la identificación del agravio y de la aspiración por parte de los distintos lenguajes políticos¹⁹. Así, Stedman Jones considera que la experiencia no puede ser separada del lenguaje que estructura su articulación, lo que le lleva a afirmar la materialidad del mismo y a desechar aquellas concepciones que lo contemplan como un mero reflejo de un hecho existencial. El concepto de estructuración u ordenación lingüística que propone Stedman Jones, le lleva a replantearse la misma noción de movimiento político y las circunstancias en las que se constituye como tal. El rasgo principal que define a las organizaciones sociales no es tanto su carácter de respuesta a unas condiciones de existencia dadas, como el hecho de poseer una convicción compartida que se expresa en un lenguaje político concreto, ya que es ésta la que explica la posibilidad de una acción concertada²⁰.

El libro de Stedman Jones, publicado por primera vez en inglés en 1983, generó un volumen importante de literatura. Joan W. Scott, no obstante los numerosos puntos de contacto con la obra de Stedman Jones, considera que su trabajo “está menos impregnado de la noción de la ‘materialidad del lenguaje mismo’ que de la idea de que la atención a las palabras que la gente utiliza (en lugar de la forma en que las palabras adquieren significado) es un medio para determinar la realidad más importante de un contexto histórico concreto”²¹. Su análisis no culmina, en consecuencia, la renovación conceptual y analítica que propone porque contempla el lenguaje más como un medio de comunicación de ideas que como un sistema de

19. STEDMAN JONES, Gareth: *Lenguajes*, p. 21.

20. *Ibidem*, p. 92.

21. SCOTT, Joan W.: “Sobre el lenguaje, el género y la historia de la clase obrera”. *Historia Social*, 4 (prim-ver. 1989), 87.



© Santiago Laespada. Fundación Bilbao Bizkaia Kutxa, 2008.

construcción de significados. Para suplir esas carencias se hace necesario, en la opinión de Scott, atender de forma prioritaria a dos aspectos de las teorías del lenguaje. El primero de ellos se refiere a la complejidad de sistemas de significado implicados en el uso del lenguaje. Se trata de entenderlo como un sistema que no sólo proporciona elementos sobre cómo piensa la gente sobre un aspecto concreto de la realidad, sino sobre cómo entiende la totalidad del mundo social y natural que le rodea (como jerarquía, interdependencia, sistema de opuestos). A este respecto señala la impropiedad del uso del término lenguaje, por cuanto remite a una forma limitada de la significación, aquella que asigna un concepto a una idea, en lugar de verla como el resultado de la interacción de distintos modelos y relaciones. El segundo de los aspectos enfatiza la importancia de la diferenciación y de la relación en la construcción de significados con una idea central: el significado de un determinado símbolo depende del contexto en el que se halla alojado²².

Las críticas de Scott completan lo que algunos denominaron “descenso” hacia el discurso de la historia social²³. Clarificar el destino de ese desplazamiento y, por tanto, el alcance del giro en historia es una tarea compleja, a pesar de que en los últimos años se han publicado algunos textos muy notables en castellano. La complejidad del nuevo paradigma, la distinta asunción del mismo por los distintos autores y la propia variedad de su acervo continúan dificultando una exposición sucinta de sus características. Quizás lo más útil sea insistir en el papel que el giro lingüístico atribuye al lenguaje en la construcción de la realidad. Desde el punto de vista del giro, el mundo está lingüísticamente construido, y ello porque los seres humanos nunca están en contacto directamente con sus condiciones de existencia, si no es a través del intermedio de un lenguaje que opera una estructuración lingüística de ese mundo.

Podemos expresar la relevancia epistemológica del giro señalando que entraña una reorientación de la investigación hacia la construcción de los significados. Así, la andadura que ha conducido desde la historia social hasta la historia postsocial se podría comentar como el abandono de la causalidad a favor del significado. Los modelos de causalidad propios de

22. A propósito de estas reflexiones sobre la génesis de la significación y tras constatar que las diferencias de género juegan un papel fundamental en la creación del significado social y político, Scott puede reivindicar un papel para el género en la historia. Su postura es conocida: “los conceptos de género estructuran la percepción y la organización concreta y simbólica de toda la vida social”; SCOTT, Joan W.: “Gender: a Useful Category of Historical Analysis”. *American Historical Review*, 91 (1986), 1053-1075.

23. PALMER, Bryan D.: *Descent into Discourse: The Reification of Language and the Writing of Social History*. Philadelphia, Temple University Press, 1990.

una concepción de la sociedad como estructura social han dejado paso a una interpretación de la realidad como modelada por estructuras significantes. De ahí el abandono de la noción base-superestructura y la entronización del lenguaje. El giro lingüístico es, sobre todo, una afirmación de la prioridad del significado. Pero ese proceso también lo podemos explicar como un desplazamiento del lugar donde se produce el significado. Si lo hiciéramos así, podríamos decir que la significación pasa del ámbito de lo material al de lo ideal y utilizando los términos de la historia social, que pasa de la base a la superestructura.

En efecto, la metáfora base-superestructura retenía la totalidad del significado en la base. Era muy consciente de ello Pereyra cuando afirmaba que: “‘proceso sin sujeto’ quiere decir que el proceso es la única fuente de significaciones o... que es el propio proceso, es decir, el conjunto dinámico de relaciones sociales, el que determina la eficacia posible de esas significaciones”²⁴. Si utilizamos esta forma de expresarlo, la propuesta de Thompson, sintetizada en su concepto de experiencia, entrañaba, sobre todo, un intento de desplazamiento del significado a un lugar intermedio entre la estructura social y las representaciones culturales. La experiencia de Thompson no era otra cosa que significado adquirido por el contacto con las relaciones sociales de producción. Aunque el afirmaba rechazar el modelo de base-superestructura, su propuesta de construcción de significado continuaba presa de esa relación. La forma de liberarla consistió en prescindir del modelo con la afirmación de la “materialidad de las formas de pensamiento”.

Esta fórmula, en puridad, se limitaba a afirmar que la construcción de los significados estaba compartida por la base y la superestructura, por lo que la metáfora arquitectónica de base-superestructura quedaba demolida. Pues, de acuerdo a la misma, y a pesar de las matizaciones introducidas por los conceptos de determinación en última instancia, sobredeterminación o de autonomía relativa de lo cultural, la circulación de los significados se producía siempre de abajo arriba. La expresión “materialidad de las formas de pensamiento” debía su carácter aporético a un contexto, el de la historia social, que relegaba el significado a lo material, a la base —como hemos visto—, por ello, para poder afirmar que el significado se encontraba también en el plano de lo ideal es por lo que se equiparaba a la materia. Después de tanto giro, afirmar que el ámbito de lo cultural produce significado es de tal obviedad que parece difícil de entender que, en el contexto de los años ochenta y para los autores que partían del marxismo, esto fuera una propo-

24. PEREYRA, Carlos: “El sujeto de la historia”. *En teoría*, nº 2, p. 130. Los mismos argumentos en su libro *El sujeto de la historia*. Madrid, Alianza, 1984.

sición que convenía remachar. Lo hacía Godelier cuando decía: “Todas las funciones del pensamiento confluyen, pues, hacia la producción de sentido para organizar o reorganizar, a partir de las significaciones producidas, las relaciones de los hombres entre sí y con la naturaleza”²⁵.

La afirmación de la materialidad de lo ideal entrañaba un grado de comunicación entre las dos instancias, pues la materialidad de lo ideal favorecía una cierta idealidad de la materia. Se rompía con el rígido materialismo imperante desde los años sesenta por la vía de desplazar peso hacia lo ideal —entendiendo por esto a todo aquello que formaba en las filas de lo cultural-ideológico, y al hacerlo se otorgaba levedad a la materia. Esto último, liberar de su peso a la materia, era un paso necesario para el momento ulterior de despojarla de él por completo que es lo que acabaría de acometer el giro lingüístico, donde todo el significado está retenido por el lenguaje. Pero todos esos hitos debieron ser favorecidos por algunas obras como las ya mencionadas arriba y otras que faltan por mencionar. De estas, las más importantes corresponden a la autoría de Geertz y Bourdieu y, sobre todo, a sus trabajos respectivos: *La interpretación de las culturas* y *Esquisse d'une théorie de la pratique*²⁶. Así lo quieren diversas analistas como Bonnet y Hunt, que señalan la responsabilidad de esos autores en la extensión de las ideas del giro lingüístico entre historiadores y científicos sociales de los Estados Unidos, y lo confirma la biografía intelectual de muchos investigadores fuera de esas fronteras.

“Si tuviese que caracterizar mi trabajo en dos palabras... —afirma Bourdieu— hablaría de *constructivist structuralism* o de *structuralist constructivism*, tomando la palabra estructuralismo en un sentido muy diferente de aquel que le da la tradición saussuriana o lévi-straussiana. Por estructuralismo o estructuralista, quiero decir que existen en el mundo social mismo, y no solamente en los sistemas simbólicos, lenguaje, mito, etc., estructuras objetivas, independientes de la conciencia y de la voluntad de los agentes, que son capaces de orientar o de coaccionar sus prácticas o representaciones. Por constructivismo, quiero decir que hay una génesis social de una parte de los esquemas de percepción, de pensamiento y de acción que son constitutivos de lo que llamo *habitus*, y por otra parte (de) estructuras, y en particular de lo que llamo *campos* y *grupos*, especialmente de lo que se llama generalmente las *clases sociales*”²⁷.

25. GODELIER, Maurice: *Lo ideal*, p. 183.

26. GEERTZ, Clifford: *La interpretación de las culturas*. México, Gedisa, 1987.
BOURDIEU, Pierre: *Esquisse d'une théorie de la pratique*. Librairie Droz, Suiza, 1972.

27. BOURDIEU, Pierre: *Cosas dichas*. Buenos Aires, Gedisa, 1988, p. 127.

Como queda claramente de manifiesto, el suyo es un intento por conciliar la oposición entre objetivismo y subjetivismo que ha polarizado tradicionalmente las ciencias sociales. Por ello, marca netas distancias con respecto a uno y otro, pues, si afirma que los discursos (el lenguaje) crean realidad, no olvida que esto ocurre de acuerdo a tres condiciones: la legitimidad del locutor o emisor del discurso, el contexto en que este se emite y la naturaleza del destinatario, y las características del discurso²⁸. Con ello se aparta de los intentos del postestructuralismo por encontrar la razón de la eficacia simbólica de un discurso en su propia lógica lingüística. De particular importancia es el concepto bourdiano de “habitus”, “a la vez —según explica— un sistema de esquemas de producción de prácticas y un sistema de esquemas de percepción y apreciación de las prácticas”²⁹. Bourdieu concibe el concepto de habitus como el punto nodal sobre el que se construye su intento por construir una teoría de la práctica. Propugna, así, por un conocimiento “praxiológico” capaz de superar las debilidades de la fenomenología y el objetivismo³⁰. En la propuesta de Bourdieu, el significado ya no se encontraba en la estructura social exclusivamente, aunque también allí, en lo que él llama estructuras objetivas, sino que era compartido con el habitus. Lo que se aprecia en su definición de práctica, que era probablemente el principal centro de interés de su trabajo: Bourdieu concebía la práctica como “producto de una relación dialéctica entre una situación y un habitus, esto es, habitus en cuanto sistema de disposiciones durables y matriz de percepción, apreciación y acción, que se realiza en determinadas condiciones sociales”³¹.

Pero, con ser mucha la influencia de Bourdieu, quizás fue más decisiva la de Geertz, quien inauguraba además una etapa de creciente influencia de la antropología sobre la historia y un, también creciente, olvido de la sociología. Geertz da prioridad a la investigación del significado y lo encuentra enteramente en la esfera del pensamiento, lo que justifica la importancia que se atribuye a su obra en el desplazamiento de la historia social hacia el lenguaje³². Prueba de ello es su conocido concepto semiótico de cultura. Dice Geertz: “El concepto de cultura que propugno... es esencialmente un

28. BOURDIEU, Pierre: *Sociología*. Sao Paulo, Editora Atica, 1983, pp. 163 y 167.

29. BOURDIEU, Pierre: *Cosas*, p. 134. Podemos encontrar otras definiciones en BOURDIEU, P., *Sociología*. p. 15 y 19.

30. BOURDIEU, Pierre: *Sociología*, p. 47.

31. De la introducción a: BOURDIEU, Pierre: *Sociología*, p. 19.

32. Spiegel coincide con Bonnet y Hunt en señalar la importancia de Geertz en la promoción de modelos semióticos para el estudio de la historia; en SPIEGEL, Gabrielle M.: “History, Historicism, and the Social Logic of the Text in the Middle Ages”. *Speculum*, 65 (1990), 64.

concepto semiótico. Creyendo con Max Weber —continúa— que el hombre es un animal inserto en tramas de significación que él mismo ha tejido, considero que la cultura es esa urdimbre y que el análisis de la cultura ha de ser por lo tanto, no una ciencia experimental en busca de leyes, sino una ciencia interpretativa en busca de significaciones”³³. Geertz conduce a toda una legión de historiadores e investigadores sociales hacia la cultura, pero cultura entendida como el ámbito exclusivo donde se produce la significación, un paso decisivo hacia la adopción del giro lingüístico. Que la estructura social ha sido privada enteramente de significación queda claramente de relieve en su explicación de la diferencia entre cultura y sistema social. “Uno de los modos más útiles —pero desde luego no el único— (señala Geertz) de distinguir entre cultura y sistema social es considerar a la primera como un sistema ordenado de significaciones y de símbolos en cuyos términos tiene lugar la integración social, y considerar el sistema social como la estructura de la interacción social misma”³⁴.

Se ha afirmado por distintos autores que la coherencia intelectual del paradigma lingüístico no se alcanza más que en relación a la obra de Nietzsche, Saussure y Heidegger, y a la de Foucault y Derrida, pero quizás, sobre todo, a la de Heidegger: a lo que algunos añaden una precisión: un Heidegger interpretado por los pensadores franceses ya señalados. Dice Gauchet: “Es cierto que existió un paradigma estructuralista en el sentido exacto del término. Lo podemos llamar paradigma crítico. Extrae su fuerza de la disposición de un fundamento filosófico poderoso: Heidegger, o al menos un Heidegger a la francesa. Este paradigma, para resumirlo sucintamente, tiene al lenguaje por el fenómeno humano universal, con la consideración suplementaria de que es la lengua la que habla y no los individuos que se sirven de ella”³⁵. Esta última idea que muchas veces es referida señalando únicamente su filiación sausseriana —la insistencia en la *langue* frente a la *parole*— produce inevitablemente un desplazamiento del interés del investigador desde el mundo hacia las características del propio lenguaje que lo configura.

En el estructuralismo y postestructuralismo que conforman el giro lingüístico, el lenguaje monopoliza todo el significado porque es anterior al mundo y lo modela y hace inteligible de acuerdo a las propias reglas lingüísticas de significación, esto es a través de un sistema diferencial de creación del significado. Quizás en esta breve frase esté contenido el consenso mínimo que subyace a las distintas interpretaciones del giro lingüístico.

33. GEERTZ, Clifford: *op. cit.*, p. 20.

34. *Ibidem*, p. 133.

35. GAUCHET, Marcel: *La condición histórica*. Madrid, Editorial Trotta, 2007, p. 40.

Pero nos resta por explicar por qué los historiadores sociales que huían de la cárcel del estructuralismo marxista —que les obligaba a aceptar un concepto de cambio social sin sujeto resultado de la dinámica interna de las estructuras—, desembocan en la jaula de hierro del estructuralismo o postestructuralismo lingüístico, que les somete a estructuras que ni siquiera presentan una dinámica propia —por lo que les obligan a aceptar un proceso histórico sin intervención humana y sin cambio. Creo que la explicación es la misma que dimos para el comienzo de todo el proceso: la necesidad de pensar las condiciones de aparición del sujeto, pero, ahora ya, desde la crítica al mismo. Al proponer esta explicación extendemos una idea que Gauchet aplica a Lacan, Derrida y Foucault, cuando intenta referir por qué esos filósofos llegan al estructuralismo lingüístico a través de Heidegger: “Ellos tenían un motivo filosófico para llegar a él, la crítica del sujeto, y ésta viene de Heidegger”³⁶.

Con el giro lingüístico y su defensa de la prioridad del significado el referente queda relegado a la inexistencia o, al menos, a la irrelevancia. El significado se ha alejado del referente, de lo real o, en otra formulación, de lo material, porque el significado ya no es una propiedad del objeto. El referente no es un dato que tenga adherido un valor intemporal, porque ese valor, su significado, es histórico. Quizás sea éste el logro epistemológico más importante del giro lingüístico: la radical historicidad del significado. En las epistemologías anteriores, el significado es sincrónico respecto del objeto de investigación de que se trate y sólo cambia si se modifica ese objeto. Para el giro, un mismo objeto de investigación puede tener significados diferentes en momentos históricos diferentes. O sea, que el giro lingüístico enfatiza la historicidad. La mayor aportación del giro a la historia radica aquí, y no en una aportación de nuevos temas o metodologías de investigación, como a veces se dice. El objeto de investigación al no tomarse por constituido de una vez y para siempre deviene histórico y, por tanto, historizable.

Al sujeto podemos dedicarle unas consideraciones similares. También el sujeto se hace histórico con el giro lingüístico. Pierde su naturaleza intemporal lo que le impide ser fundamento del conocimiento. La explicación histórica no puede depender de un sujeto, de una subjetividad o de una conciencia sin antes proceder a historizar su constitución, pues esto equivaldría a tomar por conclusión una premisa. La enemiga que el postestructuralismo dedica al humanismo parte de ese punto de vista, pues entiende que el humanismo toma al ser humano como ya constituido y por ello como fundamento, sin estudiar sin embargo su formación. Para el giro lingüístico, el sujeto, si

36. *Ibidem*, p. 42.

se pudiera aceptar este término, es resultado de un sistema diferencial de significado, es decir de un lenguaje. Por ello, las orientaciones historio-gráficas que propugnan la vuelta al sujeto rompen necesariamente con las asunciones básicas del paradigma lingüístico, pero para ellas no partir de la existencia previa de un sujeto, sea este la clase o la nación, o incluso un sujeto individual, es algo insoportable.

La crítica estructuralista y postestructuralista al objeto y al sujeto parte de Heidegger. Podemos mostrarlo refiriéndonos brevemente a “La época de la imagen del mundo”, un texto del pensador alemán que para Derrida contenía la consideración más completa del concepto de representación y que el mismo utilizó como referencia y punto de partida para su propia reflexión sobre el tema. El comentario sobre Derrida viene al caso, porque para Heidegger —y Derrida y Foucault entre otros lo asumirán—, la constitución del sujeto y del objeto es resultado de una representación: dice Heidegger “que el mundo se convierta en imagen es exactamente el mismo proceso por el que el hombre se convierte en *subjectum* dentro de lo ente”³⁷. Esta afirmación viene continuada por otra donde se señala que el dominio general de la representación caracteriza la época moderna; es decir que, en nuestro tiempo, la aprehensión del mundo se realiza a través de una representación y no por ejemplo en otras edades que menciona como el período clásico o el medieval.

La crítica del objeto y del sujeto, y la de la representación, es parte de la crítica heideggeriana de la metafísica. De hecho “La época de la imagen del mundo” es un texto sobre la metafísica. Pero Heidegger dedica muchos otros textos a explicar lo que entiende por metafísica, singularmente los recogidos en el volumen *Hitos*³⁸. Heidegger define la metafísica como la creencia en un fundamento objetivo que se da fuera del tiempo, y lo propio de lo moderno es que ese orden objetivo es captado por una representación. Las formulas de Heidegger son muy conocidas. Dice Heidegger que la metafísica “piensa lo ente en cuanto ente”³⁹, a consecuencia de lo cual queda impensada “la verdad del ser”, lo que conduce al “olvido del ser” característico de la metafísica. Pero esta conclusión ha de resultar inquietante para un historiador, pues como él mismo señala: “la esencialidad de lo histórico (está) en el ser”⁴⁰. Podemos reformularlo: la metafísica, al partir de fundamentos objetivos fuera del tiempo oculta una serie de objetos de investiga-

37. HEIDEGGER, Martin: “La época de la imagen del mundo”. En HEIDEGGER, Martin: *Caminos del bosque*. Madrid, Alianza Editorial, 1995 (4ª reimp. 2005), p. 76.

38. HEIDEGGER, Martin: *Hitos*. Madrid, Alianza Editorial, 2007.

39. *Ibidem*, p. 299.

40. Estas tres últimas citas pertenecen a HEIDEGGER, Martin: *Carta sobre el humanismo*. Madrid, Alianza Editorial, 2000, pp. 52-53.

ción a la historicidad y fundamentalmente el sujeto. Una interpretación tal parece autorizada por Derrida, pues cuando éste explica la deconstrucción la muestra como una “deconstrucción de las metafísicas” y señala que la metafísica “bloquea, neutraliza y finalmente anula la historicidad”⁴¹.

Podríamos decir que el rechazo de la metafísica está inscrito en el código fuente del giro lingüístico, esto es, en el estructuralismo y postestructuralismo que le dan forma, por lo que cualquier planteamiento reputado de metafísico quedaría fuera de su amparo y traicionaría su naturaleza más que cualquier otra carencia que pudiera aducirse. Si esto es así, tiene sentido afirmar que lo característico del giro lingüístico es su vocación antimetafísica o, por mejor decir, postmetafísica, y que, en consecuencia, lo que hace a la historia postsocial merecedora de tal nombre es su esencia postmetafísica. Pero, ¿cómo nos aseguramos de permanecer dentro de la observancia postmetafísica? Ermath tiene una respuesta curiosa: “Sería una buena idea (dice) reiterar periódicamente —digamos, el primer día de cada mes— que términos como “verdad”, “real”, “objeto” y “sujeto” son las herramientas del diablo”⁴². A pesar de la humorada, apunta correctamente y por eso coincide con la propuesta de Foucault: “El sentido histórico escapará a la metafísica...—dice el pensador francés— si no se apoya sobre ningún absoluto”⁴³, y para eso propone reintroducir todo en el devenir, incluido el cuerpo. Haremos caso de su consejo más adelante, por ahora retengamos que, la receta postmetafísica tiene como su específico la historicidad y como su contraindicación los significados intemporales.

Así que, para construir una historia postsocial renovada deberíamos, en mi opinión, partir de mantener su carácter postmetafísico. Eso supone que todos los objetos de investigación son históricos, o lo que es lo mismo, que ninguno tiene naturaleza intemporal, por lo que seguimos manteniendo la prioridad del significado. Cuestión aparte es aceptar que la economía del significado se organiza a la manera del lenguaje, esto es, entendido como un sistema diferencial de significado. El carácter no referencial de esta concepción explica su recurrencia en muchos investigadores, ya que asegura ese carácter postmetafísico exigido, pero también son muchos los que, en el contexto del postgiro, y como se decía en la introducción, empiezan a cuestionar el modelo. Además, se intentan ampliar los ámbitos donde se produce la significación; como recordamos, la significación había quedado

41. DERRIDA, Jacques: *Espectros de Marx. El estado de la deuda, el trabajo del duelo y la nueva internacional*. Madrid, Trotta, 1995, pp. 106 y 89.

42. ERMATH, Elizabeth Deeds: “Agency in the Discursive Condition”. *History and Theory*, 40 (2001), 52.

43. FOUCAULT, Michel: *Nietzsche, la genealogía, la historia*. Valencia, Pre-Textos, 2000, p. 44. El comentario que sigue en pp. 45-46.

reducida, con el giro lingüístico, al marco de lo ideal y eso a pesar de que el concepto de discurso parece cuestionar esta idea, pues se refiere a todos los sistemas de significado. Podemos ilustrar todo ello con algunos ejemplos.

Sewell realiza un intento de reformulación de la historia postsocial que quiere mantenerse “dentro del amplio marco epistemológico establecido por el giro lingüístico” y que podría resumirse en un intento de ensanchar los planos donde se produce la significación. Lo expone de forma taxativa: “Una manera de devolver la dimensión social a la historia sería la de desviar nuestra atención de los discursos en su sentido estricto —es decir, las expresiones lingüísticas— e intentar especificar los códigos o paradigmas que subyacen a la prácticas significativas”. Esto supone para él reconocer que existen “prácticas semióticas, unas lingüísticas otras no” y “afrontar el problema de la articulación entre diversas modalidades semióticas”, para lo que propone el concepto de juego de lenguaje. Asimismo, busca reconocer que la creación de significado tiene una dimensión material y para ello propone el concepto de “entorno construido”, que justifica de la manera siguiente: “Las actividades humanas no son sólo realizaciones semióticas (es decir realizaciones cuya producción se basa en la manipulación e interpretación de códigos semióticos). Son también, simultáneamente, actos en y sobre entornos materiales”⁴⁴.

La propuesta de Sewell, de una nueva centralidad de la práctica, hace justicia a la afirmación de Spiegel de que éste es uno de los nuevos conceptos clave de la historiografía post-giro lingüístico; el otro que cita es el de experiencia⁴⁵. En su libro *Practicing History*, Spiegel, revisando esa historiografía, dice que la propuesta de localizar el significado en la intersección entre lenguaje y práctica material representa una tendencia dominante en esa historiografía, lo que puede ejemplificarse con el artículo de Biernacki recogido en el mismo libro⁴⁶. Sewell no menciona el problema de la economía interna del significado, pero Spiegel, en uno de los artículos que hacen compañía al de Sewell en la estupenda recopilación publicada por la revista *Ayer* bajo la dirección de Cabrera, titulado: “La historia de la práctica: nuevas tendencias en historia tras el giro lingüístico”, señala que parte de la crítica al giro lingüístico se plantea situando el significado “no en el nivel del código o la estructura, sino en el de la semántica del uso ordinario del lenguaje”⁴⁷. Y ejemplifica un conjunto de posiciones que tratarán de complejizar o alterar la relación aceptada entre *langue* y *parole*.

44. Las citas de Sewell pertenecen todas ellas a: SEWELL, William H.: “Para una reformulación de lo social”. *Ayer*, 62 (2006), 58-68.

45. SPIEGEL, Gabrielle M.: “La historia de la práctica”. *Ayer*, 62 (2006), 39.

46. SPIEGEL, Gabrielle M.: *Practicing*, p. 228.

47. SPIEGEL, Gabrielle M.: “La historia”, p. 38.

Así es, la crítica al giro lingüístico parece revelarse contra un modelo heideggeriano y saussuriano que relegaría todo el significado posible en una sociedad al nivel de la *langue*: la *parole* sólo sería una de las especificaciones posibles de la *langue*. Como es evidente, si aceptamos este modelo, la posibilidad del cambio se ve comprometida. Tan sólo sería posible la variación, entendida como la recombinación siempre diferente de los mismos elementos contenidos en la *langue*. La solución que refiere Spiegel invierte la relación entre *langue* y *parole*, pues viene a plantear la prioridad de la *parole*. Lo que debe entenderse como un desafío formidable a las convenciones postestructuralistas. Una posición más acorde con ese corpus podríamos ejemplificarla, por citar tan sólo un ejemplo, con la que defiende Ermath y que se resume en llamar la atención a la diferencia entre *langue* y *parole*: lo que denomina, adoptando un concepto de Nabokov, el “intervalo tierno”⁴⁸. La diferencia entre *langue* y *parole* sería un espacio que, en su opinión, haría posible la identidad y la agencia, precisamente dos de los conceptos que pone en peligro una interpretación ortodoxa del giro lingüístico. Con el mismo propósito de rescatar la agencia, se pueden proponer otras correcciones al modelo lingüístico, como el de proponer que en el nivel de la estructura existe un vacío que impide a la misma ser un sistema cerrado y autorregulado⁴⁹.

Todavía se puede ofertar otra reorientación del giro lingüístico. Podríamos presentarla con el apellido de giro corporal y señalando que surge de las mismas preocupaciones que han guiado las propuestas de revisión anteriores, esto es la reivindicación de la intervención humana en el proceso histórico, la necesidad de rematerializar el análisis de ese proceso y que la clave de cada posición teórica sigue siendo el lugar que se asigna al significado. Los conceptos clave de una elaboración semejante son los de cuerpo, incorporación y emoción. Pues bien, Mark Johnson, uno de los filósofos más importantes de esta corriente de pensamiento, realizaba una definición de cuerpo del tenor siguiente: “El término ‘cuerpo’ es usado como un término genérico para el origen incorporado de las estructuras imaginativas de comprensión, tales como los esquemas de imágenes y su elaboración metafórica”⁵⁰ y más adelante señalaba que, contrariamente al objetivismo, su punto de vista se centraba en que el significado y la racionalidad humana dependían del carácter incorporado del entendimiento humano. La clave se sitúa, por tanto, en la dependencia entre significado e incorporación.

48. ERMATH, Elizabeth Deeds: “Agency”, p. 44.

49. PALTÍ, Elías: “The ‘Return of the Subject’ as a Historico-Intellectual Problem”. *History and Theory*, 43 (2004), 77.

50. JOHNSON, Mark: *The Body in the Mind. The Bodily Basis of Meaning, Imagination and Reason*. Chicago, University of Chicago Press, 1987, p. XV.

Para el giro lingüístico, el significado parece un resultado de la racionalidad y ésta entendida como un producto exclusivo de la mente; parte pues de una concepción del comprender humano dependiente de la brecha tradicional en el pensamiento occidental entre cuerpo y mente. Sin embargo, esa brecha parece destinada a desaparecer; Arthur Danto dice que la máquina de Turing —un instrumento de cálculo que diseñó el matemático británico de igual nombre y que es un antecedente de la informática— contribuyó a la actual tendencia a la desaparición de la diferencia entre lo físico y lo mental. La teoría de la incorporación que defendemos es resultado de esa tendencia y por ello encuentra el significado alojado en la totalidad del cuerpo, es decir, en un cuerpo inseparable entre cuerpo y mente. El mismo Danto, basándose en sus lecturas de las *Meditaciones* de Descartes, rechaza la responsabilidad tradicionalmente atribuida al filósofo francés en la separación occidental entre cuerpo y mente⁵¹. Esa atribución de responsabilidad constituye sin embargo un lugar común. La podemos encontrar ya en Spinoza en el prefacio de la parte V de la *Ética*, donde dice refiriéndose a Descartes: “Había concebido el alma como algo tan distinto del cuerpo, que no pudo asignar ninguna causa singular ni a esa unión ni al alma misma, y le fue necesario recurrir a la causa del universo entero, es decir, a Dios”⁵².

Si Descartes es visto como responsable de una concepción escindida entre cuerpo y mente, Spinoza es reputado como el promotor de una concepción integrada de ambos. Son numerosos los lugares donde abunda en esa idea. En la *Ética* lo reitera con diversas fórmulas: dice, por ejemplo, que “la substancia pensante y la substancia extensa son una sola y misma substancia” o que “alma y cuerpo, son un solo y mismo individuo”⁵³. Pero las virtudes de la concepción spinozista para una teorización del lugar del cuerpo en el análisis histórico, no se limitan a poner como base una concepción reintegrada del mismo. Podemos acercarnos a ellas a través de la interpretación que Deleuze hace de la obra del judío sefardita. Se pregunta Deleuze: ¿Cómo define Spinoza un cuerpo? Y responde: “Spinoza define un cuerpo cualquiera simultáneamente de dos maneras. Por un lado, un cuerpo, por muy pequeño que sea, comporta siempre una infinidad de partículas: son las relaciones de reposo y movimiento, de velocidad y lentitud entre las partículas, las que definen el cuerpo, la individualidad de un cuerpo. Por otro lado, un cuerpo afecta otros cuerpos distintos o es afectado por

51. DANTO, Arthur: *The Body/Body Problem. Selected Essays*. Berkeley y Los Ángeles, University of California Press, 1999, pp. 192 y ss.

52. SPINOZA, Baruch: *Ética demostrada según el orden geométrico*. Madrid, Editora Nacional, 1984, p. 356.

53. *Ibidem*, pp. 115 y 141.

ellos; este poder de afectar o de ser afectado define también un cuerpo en su individualidad”⁵⁴. Para expresarlo sintéticamente recurre a dos términos de la Edad Media y la geografía; así dice que Spinoza define un cuerpo por su longitud y su latitud.

Antes ha sacado ya las consecuencias de esa definición: “si somos spinozistas, no definiremos algo ni por su forma ni por sus órganos y funciones, ni como sustancia o sujeto”⁵⁵. Es decir, no lo definiremos como algo ya constituido, sino “limpio de conjunciones ontológicas”, como quiere Levinas entender la subjetividad⁵⁶. La referencia a Levinas es apropiada porque busca fundar una concepción de hombre y subjetividad que se aparte de Heidegger pero no metafísica y proponer un concepto de cuerpo a partir de la definición de Spinoza nos evita el principal peligro que enfrenta un posible giro corporal, el de la recaída en la metafísica. Esto es así, porque la definición de cuerpo spinozista plantea la relación del cuerpo consigo mismo y con el mundo —la que más nos interesa—, como una relación entre elementos no formados o como el resultado de una fuerza anónima, el poder de afección y no como el resultado de un objeto cual sea inmanente.

Fizhugh y Leckie siguen un camino diferente. En un artículo publicado en *History and Theory*⁵⁷ optan por defender precisamente un concepto de cuerpo inmutable en el tiempo. “Hay buenas razones para rechazar —afirman— la idea de que conocemos únicamente en el lenguaje, para aceptar el lenguaje mismo como desarrollándose al menos parcialmente a partir de un cuerpo biológico y transtemporal (opuesto a uno completamente localizado y culturalmente construido)”⁵⁸. Esas buenas razones son las mismas que nosotros perseguimos, y que ellos resumen como el rescate de los ideales humanistas, pero esa tarea puede realizarse sin el retorno a un concepto de cuerpo o de sujeto natural, por más que esta última sea una tendencia observable entre las reacciones a la actual crisis teórica de lo social⁵⁹. Con todo, y aunque desde luego no lo asegura, el giro al cuerpo puede favorecer una solución postmetafísica a los problemas actuales de la historia de lo social.

54. DELEUZE, Gilles: *Spinoza: filosofía práctica*. Barcelona, Tusquets Editores, 1984 (2001), p. 150.

55. *Ibidem*.

56. LEVINAS, Emmanuel: *Humanismo del otro hombre*. Madrid, Caparrós Editores, 1993 (2ª edic. 1998), pp. 90-93.

57. FIZHUGH, Michael L. y LECKIE, William H.: “Agency, Posmodernism, and the Causes of Change.” *History and Theory*, 40 (2001).

58. *Ibidem*, p. 79.

59. Véase: CABRERA, Miguel Ángel y SANTANA ACUÑA, Álvaro: “De la historia social a la historia de lo social”. *Ayer*, 62 (2006), 189-190.

Ya la misma ruptura de la escisión de la naturaleza humana entre cuerpo y mente favorecía una dimensión no metafísica. Se aprecia claramente en un pasaje de la obra de Derrida: cuando Derrida se vea tentado a precisar lo que es metafísica, algo a lo que se resiste porque la misma definición parece otorgarle carta de naturaleza, aludirá a las oposiciones binarias que caracterizan el pensamiento occidental y entre las que humano-animal, hombre-mujer, civilización-naturaleza, blanco-negro o verdad-mentira son algunas de las más importantes. Confiesa Derrida: “si <la> metafísica tuviese una unidad, ésta residiría en el régimen de esas oposiciones”⁶⁰. Pero, como ya sabemos, otra dimensión fundamental de la misma consiste en proponer objetos a la investigación intemporales. Por ello, si queremos un concepto de cuerpo útil para el análisis histórico, debemos protegerlo de una posible deriva metafísica.

Esta precaución es más urgente, si cabe, para el estudio de la historia desde la perspectiva de género, porque, como no es necesario recordar, la subalternidad de la mujer se ha fundado sobre la diferencia biológica entre hombres y mujeres. Esta diferencia biológica y su significado se han considerado naturales, esto es, intemporales, por lo que las políticas de opresión de las mujeres podían argumentarse como determinadas por ella e independientes de la voluntad de los hombres y mujeres concretos que las experimentaban. Precisamente, la primera labor del feminismo de los años sesenta fue desligar la situación de las mujeres de las características de sus cuerpos, o mejor dicho, de los significados atribuidos a sus cuerpos. Una de las obras más importantes para ese feminismo primero, *El segundo sexo*, defiende, por ello, que las mujeres son el resultado de una construcción cultural y no el producto de una diferencia natural inscrita en su cuerpo. De otro modo, las mujeres no hubieran podido ser siquiera objeto de la historia, pues toda ella estaría contenida en su biología.

Dada la trascendencia que la argumentación metafísica tiene para las mujeres no es de extrañar que una historiadora tan comprometida con la historia de género como Scott se muestre vigilante respecto de las orientaciones historiográficas que recaen en la metafísica. Lo mostró en sus intervenciones en el Primer Seminario Internacional Historia y Feminismo que organizó la AHEIM en Madrid en 2005. Allí, dirigiéndose a una de las ponentes, afirmó: “En definitiva, de lo que se trata es de decantarse a un lado o a otro y tú has optado por la metafísica en vez de por el postestructuralismo”⁶¹. Yo

60. DERRIDA, Jacques: “La retirada de la metáfora”. En: *La deconstrucción en las fronteras de la filosofía*. Barcelona, Paidós, 2001, p. 70.

61. La intervención de Joan Scott en BORDERÍAS, Cristina (ed.): *Joan Scott y las políticas de la historia*. Barcelona, Icaria, 2006, p. 143.

planteo optar por un punto de vista postmetafísico, pero intentando no pagar algunos de los peajes del postestructuralismo. Para ello, he sugerido un giro al cuerpo que, asentado en las definiciones precedentes, debe completarse con el concepto de emoción.

Lo construiremos dependiente de la concepción spinozista y, por ello, definiremos emoción, en un primer esbozo, como la capacidad de un cuerpo de ser afectado por su entorno y como el fundamento de la capacidad de ese cuerpo para afectar recíprocamente ese mismo entorno; el concepto de cuerpo no debe ser, en realidad, sino una extensión de esta primera idea de emoción. Pero este concepto de emoción vamos a completarlo a partir del autor con el que habríamos estas páginas: Damasio, que como recordamos extrae sus conclusiones de la neurología. Lo primero que nos advierte Damasio es que el conocimiento de las emociones está en una “fase provisional”⁶². Pero esto no le impide profundizar en su funcionamiento y diferenciar en el seno de las mismas entre una parte que califica como emoción y otra a la que llama “feeling” (sentimiento). “Si una emoción es una colección de cambios en el estado del cuerpo conectados a determinadas imágenes mentales que han activado un sistema cerebral específico, la esencia de sentir (feeling) una emoción es la experiencia de tales cambios en yuxtaposición con las imágenes mentales que han iniciado el ciclo”⁶³. La diferencia entre emoción y *feeling* es productiva para el trabajo de Damasio pero no para el nuestro: el mismo Damasio reconoce que el uso común del término emoción resume los de emoción y *feeling* y que otros autores, como haremos nosotros, emplean ese uso común⁶⁴.

Más interesante resulta entonces conocer las emociones a través de su funcionamiento. En la opinión del médico portugués: “Las emociones proporcionan un medio natural para que el cerebro y la mente evalúen el entorno dentro y en rededor del organismo, y respondan de acuerdo y adaptativamente”. Los seres humanos también podemos, en su opinión, evaluar conscientemente la situación e incluso moderar las emociones que evalúan la situación, pero, aclara, que “para que las emociones ocurran no hay necesidad de analizar el objeto causativo conscientemente y mucho menos evaluar la situación en la cual aparece”⁶⁵. Así que las emociones, por parafrasear a Merleau-Ponty, proporcionan una evidencia antepredicativa del mundo⁶⁶, que rompe las

62. DAMASIO, Antonio: *Looking*, p. 43.

63. DAMASIO, Antonio: *Descarte's*, p. 145.

64. Lo del uso común en DAMASIO, Antonio: *Looking*, p. 27. Lo del uso de otros autores en DAMASIO, Antonio: *Descarte's*, p. 145.

65. DAMASIO, Antonio: *Looking*, p. 55.

66. MERLEAU-PONTY, Maurice: *Fenomenología de la percepción*. Barcelona, Península, 1994, p. 158.

convenciones de la filosofía del lenguaje. Frente a la concepción racional de la toma de decisiones, Damasio plantea la teoría de los marcadores somáticos (somatic markers) que define como “feelings generados a partir de emociones secundarias”⁶⁷.

Veamos un poco más detenidamente estos conceptos. Damasio distingue entre emociones que no necesitan evaluar la significación del estímulo para que la reacción se produzca, a las que denomina emociones primarias, y las que son producidas sólo después de un proceso mental evaluativo, voluntario y no automático, que califica como emociones secundarias. Estas últimas se producen cuando conectamos objetos y situaciones con emociones primarias. El proceso evaluativo al que se refiere consiste en generar en el cerebro imágenes verbales y no verbales que se vinculan con una respuesta emocional adquirida. Podríamos resumirlo diciendo que nuestra forma de conocer el mundo consiste, siguiendo a Damasio, en adherir emociones a nuestras experiencias pasadas vitales, lo que le lleva a concluir que “la racionalidad está probablemente formada y modulada por señales corporales” y que los sistemas regulatorios del cuerpo preparan el terreno para el proceso cognitivo consciente. Lo que, insistiendo una vez más, entraña que el significado no puede encontrarse en exclusiva en el lenguaje y que incluso cuando se encuentra en él puede operar también suscitando emociones, por lo que cabe concluir que el significado humano es emocional tanto como pueda ser racional. Y que los modelos de significado que utilizan un esquema racional no son adecuados.

El trabajo de Damasio cuestiona el concepto de racionalidad pero al hacerlo modifica, en realidad, toda la relación que los seres humanos tienen con el mundo y por tanto afecta a conceptos fundamentales como los de experiencia y agencia. “No es sólo que la separación entre mente y cerebro sea mítica —afirma—; la separación entre mente y cuerpo es probablemente tan ficticia. La mente está incorporada, en el sentido más completo del término, no solo ‘encerebrada’ (embrained)”⁶⁸. Del trabajo de Damasio se sigue que la relación de los seres humanos con el mundo se produce a través de la incorporación, lo que reconoce explícitamente cuando muestra el vínculo de su trabajo con el de filósofos como Lakoff y Jonson, entre otros, lo que nos obliga a cuestionar la dependencia que el giro lingüístico ha tenido de las filosofías del lenguaje y nos abre un camino hacia su rematerialización.

67. DAMASIO, Antonio: *Descarte's*, p. 174.

68. DAMASIO, Antonio: *Descarte's*, p. 118.

